

escrito a máquina

El río es la arteria, pero el corazón es el lago



Mi anterior "Escrito a Máquina" que —paradojas de mi patria!— pude escribirlo pero no leerlo, trataba sobre el río San Juan y lo que a mí me estuvo vedado decir lo dijeron y confirmaron los diputados de la Comisión de la Cámara que fueron a ese "confín del abandono".

Resulta, sin embargo, que la situación del Río San Juan es solamente el apéndice o el reflejo final de un problema mayor que es el del abandono y la vuelta de espaldas de la política oficial al corazón geográfico de Nicaragua que es su GRAN LAGO.

La razón por la cual Nicaragua es un país reclinado poblacionalmente sobre la franja del Pacífico, la razón por la cual nuestra historia ha sido nuestra historia —tanto en los tiempos indígenas, como en los tiempos del dominio español, como en los de vida independiente— es por la existencia de ese océano particular metido en nuestras entrañas. Es por ese Departamento líquido que nuestra nacionalidad tiene las características y los rasgos peculiares que la definen. Pero, lo extraño es que, siendo los hijos del gran Padre Lago, hace ya muchos años que estamos haciendo lo posible, por olvidar, o peor aún, por repudiar esa paternidad.

No voy ahora a repetir la historia de nuestra filiación lacustre. La tenemos en mano en muchos buenos libros, incluso tenemos un hermoso poema de Ernesto Cardenal para recordárnosla. Lo que sí quiero recordar —y plantear como tema de reflexión a la conciencia de nacionalidad de los nicaragüenses— es que esa filiación, que nos ha costado el ataque de los piratas, la codicia de Inglaterra, la ambición de Walker, el zarpazo imperialista yanqui y luego su intervención armada, ha sido hasta ahora, por nuestro descuido y falta de nacionalismo, solamente, fuente de drama y de dolor, y no de los beneficios y de los frutos de civilización que lleva implícitos. Aquí es bueno anotar un rasgo vergonzoso de nuestro modo de ser nacional: Mientras esa geografía privilegiada podía ser usada por potencias extrañas, mientras eran "otros" los que iban a explotarla, o a trabajarla y a hacer de ella el mítico "CANAL", toda Nicaragua estaba pendiente y expectante de esa ZONA. Apenas nos tocó a nosotros hacer de ella —con nuestro esfuerzo— lo que podíamos y debíamos hacer, le dimos la espalda. Lago y Río pasaron al olvido, fueron arrojados al oscuro y polvoso cuarto de chunches de la casa de los nicaragüenses. (En cambio los vecinos y hermanos del sur, sin ser dueños, pero viendo nuestro abandono, hacen todo lo posible por acercarse y sacarle beneficios al traste viejo que nosotros despreciamos).

El problema del Río San Juan comienza y tiene su causa en el problema mayor del Lago. En el Lago comienza el abandono. El Lago es ya —con distintas características a las de la Costa Atlántica, por supuesto— un reto de "reincorporación".

Alguien, sin embargo, pudiera objetar que la situación de Lago y Río no es el resultado de nuestro abandono sino de nuestra pobreza. Mi contestación es la siguiente: la única región de Nicaragua (y a lo mejor también de América) donde —al aumentar la población, la producción y el comercio— las comunicaciones han retrocedido, es la del Lago y su Río.

Alguna región de Nicaragua o de América puede no haber progresado, alguna otra región puede haber estado y seguido incomunicada, pero no conocemos otra que —a pesar de su natural crecimiento— haya descendido, condenada adrede, de buenas

comunicaciones a desastrosas. No me refiero en mi comparación, a los tiempos del Tránsito, ni tampoco a los tiempos posteriores de la Compañía Holembeck y luego la de Pellas. Me refiero a los que viví en mi niñez de granadino, cuando el comercio y la producción de la cuenca del Lago era muy inferior al actual. Sin embargo, entonces existían —sin contar las lanchas a vela, muy numerosas— dos vapores: uno pequeño El Nicarao; y otro mayor "El Victoria" —con tripulación uniformada, con buen servicio para pasajeros y carga— y habían varias lanchas mayores, de dos mástiles y tres velas, y si, mi memoria no me falla, una gasovela muy grande llamada: "Mina". Luego, en mi juventud, siempre con el "Victoria" como buque insignia, existió el vapor "General Somoza" —que se ha dejado podrir en la ribera de una isleta—; la lancha a motor y de regular servicio "Rafaela Herrera", la militar "Cinco Estrellas" y, más tarde todavía se agregó al servicio de cabotaje; la "Ometepe", motora de gran tamaño.

De todo ese servicio no queda nada oficialmente: nada!

Lo que queda es el esfuerzo desesperado de una iniciativa privada pobre y sin crédito que mantiene, en las condiciones que puede, un servicio de comunicación repleto y destartado, muy parecido por cierto, a nuestro inefable servicio de buses rurales.

¿Por qué, pues, si el país y la región han aumentado en población, y sus tierras rinden y podrían rendir más, y hay más comercio y podría haberlo mucho más, por qué se ha clausurado deliberadamente toda esa grande y privilegiada zona con el doble agravante de que la comunicación por agua es la más barata, y de que el Río es nuestra natural y más fácil salida al Atlántico?

Hace pocos días, un sacerdote de Ometepe, el Padre Jaime Marza Martínez, clamaba en el desierto sobre el abandono y la incomunicación de esa hermosa y fecunda isla. "Dicen los viejos isleños de Ometepe —escribía— que en su juventud se podía hablar por teléfono "con Nicaragua", ahora no. Sin embargo ahora desde Nicaragua se puede hablar por teléfono con todo el mundo".

Y agregaba desde su aislada isla: "Ya entró el televisor a colores en el campo, sin entrar la era de la lancha de pasajeros. Con un televisor a colores vemos en sus pantallas las linduras de la civilización ...pero, no podemos ni siquiera ir a Managua a ver cómo corren los autos..."

Y esa isla sin barcos es una de las regiones más féculdas de Nicaragua y su población, extraordinariamente dotada, dinámica y hacendosa, no recibe aliciente alguno. Esa isla sin barcos tiene ahora por lo menos el doble de la población que tenía cuando yo era muchacho y habían buenas o regulares comunicaciones y barcos. Esa isla sin barcos es uno de los sitios más bellos y con mayores atractivos para esa corriente de turismo interno y de "Conozca Nicaragua" que estamos queriendo promover a puras palabras.

El abandono del Río comienza antes, comienza en el corazón mismo del país —y esto es un dramático símbolo. Comienza en ese inmenso Lago rodeado de pueblos en abandono y de haciendas, de fincas y de tierras (catalogadas entre las mejores del mundo para la ganadería) pero en cuyas aguas —a medida que las cruzamos—, no navegamos kilómetros sino siglos hacia atrás, hacia la edad de la canoa y del pipante y de la dulce estrella de Quetzalcoatl, el dios que ofreció volver con la liberación y el progreso.

PABLO ANTONIO CUADRA